

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

I. Punto de partida

En palabras del diplomático Louis-Alexandre Foucher de Careil, la filosofía alemana «atravesó, durante los cincuenta primeros años del siglo XIX, las más diversas fases y el período más tormentoso de su historia»¹. No hay aquí exageración alguna, pues a la sazón no solo llegaron a ponerse en entredicho las nociones más elementales de la teología, la filosofía y las ciencias particulares, dinamitando toda confianza puesta en la razón humana, sino también el valor de la propia vida. Cuando esta última cuestión halló cobijo en el seno de la academia alemana, dio inicio en Alemania la *controversia del pesimismo* [*Pessimismusstreit*], una de las polémicas intelectuales menos conocidas de la historia de la filosofía.

Para uno de sus testigos, el teólogo protestante Johann Ulrich Wirth, la inmerecida fama de Schopenhauer, príncipe de los pesimistas, se debía a que su filosofía suponía la postrera fase del panteísmo spinozista, en cuyas fauces rampantes, lamentaba, había venido a caer el espíritu alemán. Para Ludwig Noack, a su vez, el triunfo del sucedáneo filosófico

¹ De Careil, A. F. (1912): *Hegel y Schopenhauer*, La España Moderna, p. 1.

pesimista podía explicarse en razón de las debilidades propias de una sociedad entregada al positivismo materialista y, por lo mismo, displicente en lo tocante a las preocupaciones religiosas. Para el socialista Eugen Dühring, en cambio, la aceptación general de las consignas pesimistas debía plantearse como la previsible respuesta afectiva de un pueblo sometido a un proceso histórico ominoso, rematado necesariamente con la puesta en tela de juicio del valor de la vida —*El valor de la vida (Der Werth des Lebens)* se llamará, de hecho, su libro más conocido—.

Un hecho sociológico, de difícil esclarecimiento, respaldaba las inquietudes y los asombros de estos advenedizos oponentes: que, contra todo pronóstico, buena parte del público educado alemán decidiera otorgar su disputadísimo favor a Arthur Schopenhauer y a Eduard von Hartmann, convirtiendo de tal manera sus principales obras, *El mundo como voluntad y representación*² y *Filosofía del inconsciente*³, respectivamente, en rotundos triunfos editoriales. Sin duda, raro debía resultar que libros cargados de oscuros vaticinios, corolarios metafísicos y excursos naturalistas lograsen tamaño predicamento en un mundo, como iremos viendo, aparentemente cada vez más prosaico, pragmático y optimista.

¿Cómo podía explicarse que las doctrinas presentadas en estos antifonarios sombríos se hubieran trocado, casi de la noche a la mañana, en vectores de la corriente filosófica más celebrada, como afirma Kohnke, «precisamente en esta época

² Cabe decir que, a diferencia de Von Hartmann, Schopenhauer estuvo postergado más de medio siglo. Como bien se sabe, su fama es prácticamente póstuma.

³ Disponemos de traducción española. Véase *Filosofía de lo inconsciente*, Alianza.

de fresco aliento y enaltecimiento»?⁴ No puede ignorarse que en la década de 1860, cuando se pusieron en franquía las obras de Schopenhauer, la situación de Alemania invitaba ante todo al optimismo, pues se medía ya en igualdad de condiciones con sus rivales históricos, y sus logros militares y culturales ejercían de modelo inmaculado en academias militares y artísticas *urbi et orbi*. ¿Qué sentido tenía, entonces, que en tales circunstancias el público se hiciera cargo de convicciones más propias de una época en bancarrota, de abatimiento, ruina y decadencia? La polémica estaba servida.

Sin embargo, Schopenhauer y Von Hartmann también recibirían alguno que otro espaldarazo incidental por parte de sus detractores. Dado que al primer pensador le dedicamos especial atención en nuestras páginas, merece la pena que refirmamos, a renglón seguido, una anécdota en relación con el segundo, que por razones cronográficas queda fuera de la presente obra y solo será tratado en un proyecto futuro.

La mañana del 30 de junio de 1886, el *Berliner Volksblatt*, órgano de expresión de la socialdemocracia alemana, ofrecía a sus lectores la nota siguiente:

Estamos convencidos de que Eduard von Hartmann se dirige a la burguesía desde lo más profundo de su alma y que reprime los miedos de un alemán que todavía está muy presente en la opinión pública, a la vez que muestra cómo un pensador patrio, al que sus admiradores consideran el más significativo de nuestro tiempo, puede ser moral a pesar de la naturaleza metafísica de su obra. Él es el mismo hombre que, en el momento de la aparición de su *Filosofía del inconsciente*, fue

⁴ Kohnke, K. C. (2021): *Surgimiento y auge del neokantismo: La filosofía universitaria alemana entre el idealismo y el positivismo*, Fondo de Cultura Económica, p. 337.

calificado de Anticristo por los sacerdotes privilegiados y voluntaristas, los oscurantistas y aun otras almas bellas (*schöne Seelen*). Él es el mismo hombre que ha llegado en sus escritos a conclusiones socialistas verificables y que también desea utilizar su sistema para liberar el mundo de la trampa en que ha caído⁵.

Sin que nadie lo viera venir, porque aún muy pocos habían percibido en su trabajo la expresión de un auténtico instinto filosófico, Eduard von Hartmann, un valetudinario *Privatdenker* sin cátedra ni afiliación universitaria, que por más señas yacía postrado en el lecho a causa de una grave lesión en la rodilla, sobrevenida durante su juventud como artillero prusiano, se había convertido en el filósofo que marcaría el ritmo de la filosofía alemana durante los próximos cuarenta años⁶.

Saldando cuentas pasadas en sus memorias, tituladas *El mundo de ayer*, Stefan Zweig lo emparenta con los espíritus más señalados:

Los buenos y sólidos maestros de la época de nuestros padres (Gottfried Keller en la literatura, Ibsen en el teatro, Johannes Brahms en la música, Leibl en la pintura, Eduard von Hartmann en la filosofía) contenían, a nuestro entender, toda la prudencia y circunspección del mundo de la seguridad⁷.

⁵ *Berliner Volksblatt* (1885, 30 de junio). Dienstag, 30.06.1885, s.2. Deutsche Digitale Bibliothek. Recuperado de <https://www.deutsche-digitale-bibliothek.de/newspaper/item/GP4LUAZHVAVCS5F5S4ED-WLIDWTHYCU3?issuepage=2>

⁶ Remitimos a la introducción de *Pesimismo, ética y felicidad*, compendio de textos de Eduard von Hartmann, publicado en la editorial Sequitur.

⁷ Zweig, S. (2012): *El mundo de ayer: memorias de un europeo*, Acantilado, p. 24.

Rango que, parece seguro, mantuvo hasta bien entrado el siglo xx. En las aulas del convento dominico de Constanza al que Martin Heidegger acudía como novicio, su nombre todavía sonaba con fuerza. Rüdiger Safranski relata:

Allí se rendía honor al «espíritu moderno». Se hablaba sobre Nietzsche, Ibsen, el ateísmo, la «filosofía del inconsciente» de Hartmann, la «filosofía del como-si», de Vaihinger, e incluso sobre psicoanálisis y la interpretación de los sueños⁸.

Como era natural, el enigma hartmanniano atrajo al cabo la atención de la *intelligentsia* alemana finisecular, independientemente de la afiliación política de los involucrados, ya fueran socialistas, republicanos, anarquistas, populistas, monárquicos, liberales o conservadores. Sus ideas e intuiciones, propagadas por todos los rincones de Europa, llegarían a emplearse para una extraordinaria diversidad de propósitos, incluso distorsionando sus postulados esenciales. Durante cuarenta años, como decimos, la controversia del pesimismo llenó los salones y los claustros universitarios de libelos, biografías, tesis, separatas y oráculos de la más variada especie.

Sin embargo, gran parte de esta producción escrita revelaba en sus motivaciones internas la rúbrica del arribismo, condición que terminó obstaculizando, si no impidiendo, el desarrollo normal de un diálogo honesto y productivo. O en palabras del mismo protagonista: «Irrumpió una serie de críticas, la mayoría bastante altivas y despectivas, que atestiguaba la escasa comprensión y el partidismo con que sus

⁸ Safranski, R. (2015): *Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su tiempo*, Austral, p. 34.